



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.



AÑO II.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

30 de Junio 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id.; un año, id. 25 »
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »

NÚM. 6.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

LA REINA MERCEDES.

La historia consagrará á este nombre su página más blanca, más pura y más limpia.

Los corazones le guardarán con sus recuerdos más amados.

Los ángeles le bendecirán entre los más santos.

¿Quién no llora hoy al ver el trono vacío de la dulce compañera elegida por el amor del Monarca, y aclamada por el pueblo español, que, siempre noble y generoso, se entusiasma ante toda grandeza, y se conmueve ante todo sentimiento?

Los días de enfermedad de la Reina han sido de ansiedad indescriptible para España.

La noticia de su muerte ha arrancado un grito de dolor á todos los corazones, y ha llenado de lágrimas todos los ojos.

El luto nacional no es una mera fórmula, es una espontánea manifestacion de pena.

¿Cómo no conmoverse ante el espectáculo desgarrador de una niña hermosa, buena, adorada, que lleva sobre su frente la corona real, y engarzada en ella la de mirtos y rosas del amor y la felicidad, que se vé arrebatada á esta celestial ventura por la mano helada de la muerte?...

Parece un sueño doloroso lo que es una horrible realidad.

Ayer, hace algunas horas, la Reina Mercedes era gala y gloria del Palacio real; su nombre simpático y suave se pronunciaba con amor por todos los labios: en su noble seno palpitaba acaso una esperanza para el porvenir de España; era el brillante eslabon de oro que continuaria en la historia nuestras glorias y nuestras grandezas.

Hoy el cañon retumba sordamente, como si fuese la voz de la nacion que gime su desventura; la campana llora una oracion con sus notas tristísimas; el luto se extiende á nuestro alrededor, como la sombra cuando el Sol se oculta.

El Sol de nuestra esperanza, que era el de

la felicidad del Rey, se ha ocultado tambien.

La noche del duelo, la más penosa de todas porque sólo tiene una luz que la suavice, la luz de la resignacion religiosa, se esparce sobre España.

Dios envíe los rayos celestes del consuelo al corazon del amante esposo, de los virtuosos padres, de los cariñosísimos hermanos de la que fué nuestra Reina!

Dios nos envíe á todos el de ver resignado á nuestro Soberano acatando su voluntad, porque un pueblo monárquico y leal, como siempre ha sido España, debe compartir con sus reyes la alegría y el dolor.

Nunca como ahora debemos llevar ante el trono el homenaje de nuestro respeto, porque la majestad del dolor, uniéndose á la majestad de la Corona, nos hace doblemente sagrado y querido á nuestro Rey.

Hagámosle más suave con nuestras pruebas de adhesion el rudo golpe que Dios ha querido enviarle en la primavera de la vida; llenemos con nuestro amor el vacío que deja en su corazon la muerte de su adorada esposa, y probemos al mundo que la raza de los héroes es tambien la raza de los caballeros; que sabemos unir al valor el sentimiento, á la energía la delicadeza.

Probémosle al Rey con hechos de adhesion la pena que nos embarga, reflejo de la suya, porque con palabras no seria fácil conseguirlo.

¿Dónde hay frases que expresen el profundo sentimiento, la inconcebible amargura de ver morir, casi en la adolescencia, á la que era amada, bendecida y admirada, como Reina, como buena y como hermosa?...

Por ventura la palabra humana puede expresar el dolor amargo y punzante de lo imposible, que se alza frío y formidable ante nuestras esperanzas, como un fantasma que nos recuerda la nada de nuestras grandezas, el vacío de nuestras glorias, que tienen por base el humo de nuestros sueños, deshecho al más ligero soplo de la fatalidad?...

Juventud, hermosura, majestad, grandeza, han pasado como una armonía que se extingue, como una flor que se marchita, como

pasa todo lo humano para perderse en lo infinito.

Sus virtudes vivirán siempre rodeando su nombre de gloria.

Perdónenos S. M. el Rey D. Alfonso XII, si en vez de formular nuestro sentido pésame en ceremoniosas palabras, dejamos correr nuestro llanto en confuso desorden.

Perdónennos sus amantes padres, sus augustos hermanos, si no podemos dar forma al dolor, á la sorpresa, á la angustia que nos produce tan inmensa desgracia.

Lloramos al escribir y no sabemos pensar.

Perdónenos tambien la sombra excelsa, la pura, santa é inmaculada memoria de la Reina Mercedes, si no acertamos á ceñir su nombre de la orla de rosas á que sus virtudes, su juventud, su hermosura y su grandeza tienen derecho; si nuestra pluma no puede ofrecérsela, nuestro corazon le consagrará siempre su culto más puro, su eterna veneracion.

España tambien debe recibir protestas de pésame: el duelo es nacional.

A España le alcanza en gran manera la desventura.

Cuando descansaba á la suave luz de una aurora de calma y de esperanza, cuando iba cicatrizando sus dolorosas heridas, recibe un nuevo golpe del destino, más grande, más sensible que todos.

¡Acatemos la voluntad de Dios!...

Pidámosle que conceda á la que fué nuestra Reina, y hoy es su ángel, la mision de velar por su patria, y separar de ella ese anatema de dolores que la persigue.

Pidámosle que envíe al Rey de España la resignacion que necesita, y á toda la Real familia el valor de inspirarle consuelo en el dolor que sufre.

Y elevando ante el Trono la leal y sincera expresion de nuestro sentimiento, demos tregua á toda lucha, y pidamos á Dios por el descanso eterno de la Reina Mercedes.

Cádiz 26 Junio 1878.

SUMARIO.

GRABADO.—Retrato del general Jovellar.
 TEXTO: La Reina Mercedes, por LA REDACCION.—La indiferencia, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Conceptos trabucados, por A. BORREGO.—Poesías: A Patrocinio de Biedma, por CÁRMEN LINARES y MARTINEZ.—Dos figuras, por R. ALVAREZ ESPINO.—A D. Manuel Fernandez y Gonzalez, por RAFAEL A. RAMOS.—*Celebridades contemporáneas*: Biografía del Excmo. Sr. D. Joaquín Jovellar, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Sobre dedicatorias y prólogos, por AURELIANO F. PEREIRA.—El Sietemesino, por ADOLFO MALAT.—Virginia (novela), por FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.—Noticias.

LA INDIFERENCIA.

La razon como la sociedad, la escuela como el buen sentido, rechazan el indiferentismo, capa de hielo que envuelve todos los sentimientos, nocion que implica la negacion de todas las virtudes, de todas las pasiones, de todas las esperanzas.

La razon, como facultad que vé, como sentido que analiza, tiene actividad de entender, y tacto de discernir. Cuando ha comprendido lo que ha visto; cuando discierne lo que ha sentido, determina una accion de inteligencia por la cual adquiere una creencia en el bien ó en el mal, pero que le hace distinguirlo.

Una vez conocido el objeto que estudia; una vez determinada la verdad como resultado de su operacion, la inteligencia que regula aquella razon, podrá dejar de aceptar el descubrimiento que se le ofrece?...

¿Renunciará al más estimable, al más precioso de sus derechos, negándose á ver la luz allí donde el esfuerzo de su razon la ha hecho brotar?...

¡Imposible!...

Ese objeto, esa verdad, queda, como *asida* por la misma razon, y de ella y con ella forma ese caudal que llamamos *conocimientos*.

La razon á nada es indiferente: es un principio en accion, y en el desenvolvimiento de ese principio, camina á deducciones claras y precisas, á deducciones exactas.

De esas deducciones se forma la propiedad intelectual; la conviccion de una idea; la defensa de una causa; la solucion de un hecho; porque una deduccion que se convierte en creencia, dá el derecho de combatir el error, de sostener la verdad.

El error, audaz como el sofisma, atrevido como el arte, ó fuerte como el poder, se presenta dispuesto á luchar, por más que tema al débil temple de sus armas: la verdad, serena, majestuosa, como quien tiene la seguridad del triunfo, expone sus títulos, recuerda sus derechos, habla de sus principios, apela al juicio de la ciencia, se somete al fallo del tribunal de la razon, se muestra á la luz de la crítica, se expone al choque de la controversia, reclama, en fin, la ley, y si aún vé ante sí la duda, no vencida, lucha en el terreno de lo legítimo como en el de lo legal, y jamás por cobarde tolerancia abandona su causa.

Pues, si en el error que invade y la verdad que defiende, si en el que intenta un despojo y la que guarda las hermosas conquistas de la razon, si en los dos sentimientos que se disputan el dominio de la humanidad, la duda y la fé, hay lucha, ¿en qué lugar buscaremos la la indiferencia?

En la fé que todo lo acepta, en la duda que lo niega todo, hay una idea, hay un interés, hay el valor de sostener una creencia: en la indiferencia no hay más que debilidad, cansancio y cobardía.

La indiferencia llega á ser un sentimiento muerto, entre los demás sentimientos que viven en las creencias, y palpitan en la palabra.

La indiferencia es una negacion que no niega, una sombra que no oscurece, un hecho que no figura entre los hechos positivos, una solucion que se olvida porque nada resuelve, un lazo roto que flota á merced del viento del capricho, sin poder unir una colectividad.

¿Hay una razon? ¿Hay una verdad? ¿Hay un sentimiento? ¿Tiene nuestro ser la facultad de entender, que es don de una inteligencia? ¿Cómo negarlo! Es preciso admitir la condicion racional, la condicion inteligente de nuestro pensamiento, y siendo así, en la moral, que es el tacto de la conciencia; en la verdad, que es la demostracion de la creencia íntima; en la razon, que es la afirmacion de esa creencia, podemos y debemos buscar los fundamentos de aquello que intentamos sostener, ó de aquello que creemos deber negar; pero ya se trate de lo ideal y abstracto, ya de lo racional y lógico, necesitamos una afirmacion, que debemos buscar en nosotros mismos, nunca, ni en ningun caso, podríamos esperarla de la indiferencia.

El indiferentismo, considerado tal cual es, pudiera llamarse absurdo; el indiferentismo teórico, el indiferentismo religioso, el indiferentismo filosófico y social, están fuera de todo derecho.

Le niega la razon, le condena la voluntad, le rechaza el alma en su actividad, la vida con su calor, el hombre en el ejercicio de su racionalidad.

La indiferencia como escuela nada enseña, pues que prescinde de todo.

Como sistema no tiene la sancion intelectual, ni la adopcion del sentimiento; no cabe en la luz, y no produce la sombra.

La indiferencia, cuando es aislada, cuando no pretende imponerse como dogma social, llega á ser un sueño de la inteligencia, un targo del espíritu, un *nihilismo* racional.

Si pretende imponerse, llega á ser el desleimiento de toda afeccion, la frialdad, la muerte de todo sentimiento; una sociedad de indiferentes, semejaría un mundo de sombras, que cruzasen sin esperar, sin desear, sin temer, y sin dejar huellas de sus pasos por la vida.

Una sociedad de espectros, cuya materia, galvanizada momentáneamente, buscarse en el no ser el descanso, y en la nada el fin.

Pero entre la sociedad que *vive*, que ama, que espera, que cree, ¡cuánto daño causan esos propagadores de una idea muerta, esos secarios de una debilidad física y moral, que hacen su dios de la nada, y una especie de limbo de su vida!

¡Cuánto daño en las creencias religiosas; en las costumbres sociales; en las ambiciones científicas que impulsan al sabio á sacrificarse por la humanidad; en los sentimientos entusiastas que arrastran á lo bello y lo sublime!

La juventud impresionable, la razon que vacila, la inteligencia que se cansa, ¡hé ahí los adictos de la secta indiferente!...

El egoismo y la frialdad, el escepticismo y la burla, ¡hé ahí los componentes de la atmósfera en que se agitan!

En ella no cabe nada que lleve gérmenes de vida; la pasion y el sentimiento, se resuelven en una idea de miserable utilidad.

Copian, sin análisis, de Epicuro, la idea sensual; de Bentham, el utilitarismo; de Voltaire, el sarcasmo; de Rousseau, el atrevimiento, y de Proudhon, la legalidad.

La historia, la tradicion, la fé, el dogma, el deber, la ley, el sentimiento... ¿qué les importa? ¡Todo ello está fuera de las condiciones de su vida!...

Ellos sienten la parálisis del alma; ellos son en la sociedad una rama muerta del árbol vivo que renueva sus hojas con generaciones.

Huyamos del contagio moral de esa idea, pues el que no tiene el valor de la fé, ni el va-

lor de la duda, no debe tener tampoco el valor de la vida, que bien puede ser el más difícil de todos!...

PATROCINIO DE BIEDMA.

CONCEPTOS TRABUCADOS.

No creo entrar en el terreno de la política ocupándome de un asunto histórico, por más que á él se agarre el espíritu de partido para sacar deducciones favorables á sus peculiares miras é intereses.

La revolucion de Setiembre ha vuelto á ser puesta en tela de juicio, arguyendo unos que fué una calamidad y una ignominia, cuando la glorifican otros como una era de redencion.

No me propongo juzgarla, al ménos en las columnas de esta revista, pero sí únicamente explicarla y señalar imparcialmente sus causas y su significado, tarea de índole puramente filosófica y que ninguna susceptibilidad podrá ofender.

Del hecho memorable que conmovió á España y cuya última etapa ha vuelto á colocarla en el punto de partida del que arrancó aquel suceso, he dado en un reciente libro una explicacion que no por no ser absoluta en favor de los que la vituperan como de los que la alaban, aquella revolucion dejara de ser conforme al juicio de los hombres desapasionados y amantes de la verdad.

Cuando apreciaciones de interés social son exactas y dan á la razon las armas que quitan á las pasiones, el recordarlas no debe cansar á los pensadores, cuyo influjo sin ser ruidoso ni de aparato, acaba siempre por imprimir una huella que el tiempo termina por acreditar.

«Cualesquiera que sea, decia el libro á que me refiero, el criterio con que se pretenda juzgar la revolucion de 1868, no podrá ser un criterio imparcial si deja de considerársele como el resultado de un duelo imprudentemente empeñado (sin detenernos á examinar de parte de quien estuvo la mayor culpa) entre la prerogativa régia y el sentimiento liberal, elementos esenciales ambos, dentro de la monarquía constitucional.»

«Para nadie puede ser dudoso que la revolucion de 1868 tomó rumbos que no habian entrado en la voluntad ni en los cálculos de los que más contribuyeron al éxito del movimiento. Delicado es hablar con propiedad sobre este punto, porque habria que herir la susceptibilidad de elevadas personas, cuya situacion es hoy muy diversa de lo que era entonces; y aunque escrúpulos de esta especie jamás nos arredraron en el cumplimiento de nuestros deberes, tratándose de satisfacer á lo que la verdad histórica reclama, no es imperativo en la ocasion presente que penetremos en el fondo de las intenciones de los promovedores de aquel gran drama.»

«No se necesita aducir pruebas en apoyo de la aseveracion de que los generales de la Union liberal, principales actores del movimiento, si hubieran podido dominarlo, habrian dado otro curso á las corrientes de una revolucion insegura de caminar á determinado objeto, ó coartada en los medios de realizar un pensamiento comun.»

«Digamos, sin embargo, que si la concordia, la conciliacion, el olvido de recíprocos agravios, ha de cimentar entre nosotros la estabilidad y la consolidacion de la monarquía constitucional, forma de gobierno que, entendida y practicada en los términos definidos en 1838 por la escuela del *Correo Nacional*, ofrece al mismo tiempo que la proteccion más cumplida á los sentimientos é intereses tradicionales del país, garantías más amplias para las ideas liberales que las que pudieran buscarse en las instituciones republicanas; y

si á esto hemos de aspirar, preciso es que cese de una vez y para siempre la perpétua pugna, la apasionada enemiga, la latente lucha que desde 1808, época que fué el punto de partida del sacudimiento del espíritu nacional, existe entre la España autoritaria y la España liberal.»

«El gran problema que habia que resolver dentro de la tardía pero inevitable revolucion española (y por tal, habré de repetir, entiendo, no ya la de 1868, ni la de 1854, ni la de 1836, sino la serie de levantamientos y de reacciones, la gran conmoción social que trabaja á España desde principios del presente siglo), lo era el discernir qué es lo que histórica y moralmente considerado podia edificarse sobre la armazón de nuestro antiguo régimen y lo que debiamos tomar, y en qué forma y manera, de las exigencias de la sociedad moderna.»

«Este deslinde no supieron hacerlo ni los doceañistas, ni los hombres de 1820, ni los estatutistas, ni los doctrinarios, ni tampoco sus continuadores. La Union liberal por respetable que su mando fuese, por más brillantes que sus servicios aparezcan, fué una *situación* no fué un *sistema*, ni llegó á tener el carácter de escuela, por la sencilla razon de que no dejó doctrina, preceptos, ni aquella normalidad de índole afirmativa y dogmática, que impone carácter á los partidos, y constituyó la bandera de los progresistas, de los estatutistas, de los monárquico-constitucionales, en su corta vida como partido conservador reformado y rejuvenecido, bandera que más tarde, á su manera y por su cuenta, alzaron los doctrinarios de 1845, los demócratas, los neo-católicos y los radicales.»

«El primer duque de Tetuan, que fué una importantísima personalidad, aunque logró suavizar las asperezas del *Narvaismo*, no llegó á dejar formada la legalidad comun que habria podido restablecer el libre juego de las instituciones, roto con la desaparición del símbolo de aquella legalidad, la constitucion de 1837, sacrificada en 1845, habiendonos dejado por rastro los trastornos que de entónces acá han descargado sobre la nacion.»

Motivan las precedentes observaciones la necesidad de esclarecer el punto más importante, no sólo de la situación presente, sino llamado indeclinablemente tambien á ejercer una decisiva influencia en los sucesos que son del dominio del porvenir.

«¿Fué la revolucion de 1868 un acto de rebelion, la criminal é injustificada tentativa de un puñado de ambiciosos que se levantaron contra las leyes del país, contra un régimen que amparase los derechos de la generalidad de los españoles, en cuyo caso á nada de lo que aquella revolucion aclamase, debia atribuirse el carácter de expresion de la voluntad nacional?»

«No me propongo dar una solucion afirmativa ni negativa á los árdus problemas que acabo de formular.»

«Sentaré algunos hechos de incontestable exactitud, y ellos bastarán para que la conciencia de todos los hombres rectos, reconozca si el cataclismo de 1868 fué una fatalidad que hicieron inevitable antecedentes en los cuales, por grande que sea la parte que en ellos quiera atribuirse á las oposiciones, los gobiernos tuvieron una participacion de tanta magnitud que ella de por sí sola explica el exagerado rumbo que tomaron los sucesos.»

«Los partidos autoritarios cuyo núcleo formaban los moderados del estatuto y los absolutistas más ó menos disfrazados, que se unieron á la situación cuya jefatura tomó el general Narvaez despues de la victoria que el gran pronunciamiento de 1844 consiguió sobre el Regente Espartero, aquellos partidos tuvieron por demasiado liberal la constitucion de 1837 y se propusieron reformarla, alegando ser su

principal objeto despojarla de lo que decian habia en ella de excesivamente democrático, pero ofreciendo conservar todas las esenciales garantías de la libertad constitucional, á fin de mejor asegurar su observancia.»

«Bajo esta invocacion, se hizo la constitucion de 1845, que confeccionaron á su gusto los dueños de la situación. Prescindiendo de examinar cómo fué aquella constitucion observada. Las leyes orgánicas que de ella emanaron, introdujeron por primera vez en España una vigorosa centralizacion administrativa, que dió al gobierno una influencia omnimoda en las elecciones y subordinó á sus agentes las seculares franquicias municipales de los españoles, sufriendo modificaciones no ménos restrictivas el derecho electoral, la libertad de imprenta que la nueva constitucion sancionaba, se vió reducida con la introduccion del abusivo derecho de recogidas, al régimen de la censura previa, no obstante cuyas cortapisas y el inmenso desembarazo conque se ejerció la preponderante accion de los ministros y de sus delegados de 1845 á 1851, llegado que fué este último año, se intentó la reforma de Bravo Murillo, la cual, aunque no fué llevada á cabo, dejó como escuela la parcial reforma efectuada por el gabinete Narvaez en 1857; y si bien dicha reforma habia desaparecido á la entrada en el poder de la Union liberal en 1859, se reprodujo de una manera más restrictiva y amenazadora bajo el último gabinete Narvaez y el que le siguió presidido por Gonzalez Bravo.»

«Llegó en aquella época la exuberancia de la reaccion significada por la ley de orden público, por la reforma de los reglamentos de las cámaras y por la confiscacion de los exiguos restos de las libertades municipales, á tales términos de comprension que bastó que la prensa diese á entender que podrian llegar á coaligarse los unionistas y los progresistas, bastó que algunos diputados y senadores tratasen de representar, y que los presidentes de uno y otro cuerpo hiciesen llegar á oídos del monarca, leales observaciones sobre cómo los ministros faltaban á la constitucion para que se dictase el destierro y confinamiento de los dos presidentes, y más tarde para que igual medida se tomase con los generales de la Union liberal, último reguero de pólvora puesto en comunicacion con el volcan que alimentaba el descontento y la exasperacion de los partidos liberales.»

Hasta aquí las citas del libro en que he explicado las causas y el significado de la revolucion de 1868. Para todos los hombres desapasionados y rectos, la exposicion de hechos no podia ménos de parecer exacta y á su propio criterio dejo el deducir las naturales consecuencias que debian producir.

El curso que la revolucion tomase luégo, los errores cometidos, la falta de preparacion del país para un cambio tan radical como el que se siguió, son consideraciones ajenas á la indeclinable fatalidad de un rompimiento al que la historia conservará el carácter que le he dado de *duelo imprudentemente empeñado entre la prerogativa régia y el sentimiento liberal, elementos esenciales, ambos, de la monarquía constitucional.*

A. B.

Madrid 6 Junio 1878.

Á LA EMINENTE POETISA D.^a PATROCINIO DE BIEDMA.

Yo admiro, Patrocinio, tu talento:
De tu frase la gracia seductora;
La nobleza que en tu alma se atesora;
Tu sublime y gigante pensamiento.
Mas perdona si á tí llega mi acento
Y canto tu belleza encantadora,
Pues tu voz y tu imagen, que enamora,
Me inspiran de amistad el sentimiento.

De gloria una corona esplendorosa
Ciñe á tu frente la brillante fama,
Y á la luz de su aureola vaporosa,
Que á tu alrededor esparce viva llama,
Te ve á lo léjos, Patrocinio hermosa,
Una andaluza que te admira, y ama.

CÁRMEN LINARES MARTINEZ.

Cazorla.—Jaen.—Junio 1878.

DOS FIGURAS.

I.

El eco sordo y profundo
Del cañon atruena el viento;
Sólo se escucha el acento
Postrero del moribundo.

Y sangre caliente encharca
La fértil tierra espaciosa,
Como huella pavorosa
De la ambicion de un monarca:

Que allí dó siembran las manos
Gérmenes de saña ignotos,
Se cosechan miembros rotos
De cadáveres humanos.

De sangre y llanto el torrente
Que vertió mortal metralla,
Mancha la abierta muralla
Que refuerza otra viviente;

Y el implacable guerrero
Detiene el cobarde plomo,
Para clavar hasta el pomo
En los mártires su acero.

Al asalto!—Por la brecha,
Como rugientes leones,
Se lanzan los campeones
El alma en furia desecha;

Y el saqueo, y el estrago,
Y el deshonor, y el insulto,
Sirven en torpe tumulto
Al vil triunfador de pago.

Las gentes advenedizas
Ponen fin á estos azares,
Cuando son hombres y hogares
Cadáveres y cenizas;

Que no ceden ni se eximen
Hordas con almas de fiera,
Mientras dura la ceguera
De la barbarie y el crimen.

A sus impetus sin nombres,
Se cubre el campo de Marte
Con los destrozados del arte
Y los miembros de los hombres:

Yace el ara por el suelo
Entre encendidos carbones,
Y yertos los corazones
Que oraban juntos al Cielo:

Y de la saña en lo sumo,
Los incendiados palacios
Aun anublan los espacios
Con negras columnas de humo.

Ya de aquella injusta suerte
Lleva las huellas impresas,
Una ciudad en pavesas
Envuelta en sombras de muerte:

Y para eternos asombros
Del mundo ciego y liviano,
La figura del tirano
Sobre su trono de escombros.

Que en su ambicion torpe y vana
No siente mortal espanto,
Aunque esté rojo su manto
Con tinte de sangre humana.

Nada le importa aquel jugo
Con tal que corona ostente,
Aunque le deje en la frente
Sello que pone el verdugo.

Place á sus instintos bravos
Que el mundo tiemble y se ablande,
Cual si fuera honroso y grande
El imperar sobre esclavos.

Y solo ciego codicia
Que el mundo señor le aclame,
Al hacer látigo infame
Del cetro de la justicia.

Que el déspota no ve daño
Ni baldon que en contra vibre,
En herir á un pueblo libre,
Ni en azotar á un rebaño.

En la tierra y la memoria,
Con líneas de sangre y llanto,
Queda para eterno espanto
Esta sombra de la historia.

II.

Mas apartad la mirada
De tal cuadro y tal figura;
Tendedla á donde fulgura
Blanda luz de una alborada;
Y entre las flores del suelo
Y el ancho raudal, se siente
Más fresco y puro el ambiente;
Más claro y azul el Cielo.

Cierran por opuestos lados,
Para águilas y cigüeñas,
Verdes colinas risueñas
Y agudos picos nevados.

Y en los almendros floridos
Pajizas chozas sembradas,
Como palomas doradas
Que reposan en sus nidos.

Y en el llano y en la cumbre,
Prados y bosques dó asombra
La cosecha por alfombra
Y los frutos por techumbre.

Todo es paz: sin otras leyes
Que el trabajo y que la vida,
El ave en el bosque anida
Y el labrador guía sus bueyes;

Solo del pastor cansado
Se escucha el canto perdido,
Y del mastín el ladrido
Con que defiende el ganado.

En medio de aquella calma
Respira una humilde aldea,
Que parece que Dios crea
Para cada cuerpo, un alma.

Y allí están juntas las dos
Frente á frente en la plazuela,
Para los niños la escuela
Y la iglesia para Dios.

Cuando del Sol la luz bella
Huye á alumbrar otra zona,
Una turba juguetona
Inunda la plaza aquella:

Baja al prado y entre rosas
Parece el gentil tropel
Abejas que buscan miel,
Bandadas de mariposas.

Tras ellas, como el que anhela
Gozar de niños y flores,
Con sus pasos previsores
Viene el maestro de escuela.

Allí les dá su consejo;
Á uno riñe, al otro advierte,
Y obrando así de esta suerte
Guarda al niño y goza el viejo.

Con tierno incansable ardor,
Vela por las criaturas;
Porque todas son hechuras
De su virtud y su amor.

Que allí con afán profundo
Hace con fé y con paciencia,
Cada día una conciencia
Para Dios y para el mundo.

Cercado del bello enjambre
Pasa la vida serena,
Distrayendo en su faena
Pesar, injusticia y hambre.

Si el crudo desden le olvida
En vergonzosa pobreza,
Él mide por su grandeza
La pequeñez de la herida.

Y si torpe ingratitud
Aun en la infancia hace mella,
Entonces la herida aquella
La mide por su virtud.

Y aunque pobres sus aliños
Y con pesares sin nombres,
Es el mayor de los hombres
Por ser maestro de niños.

Que aunque viviendo agonice
Entre la social escoria,
Su obra al fin y su memoria
El mundo entero bendice.

III.

Por más que el hombre se empeña
En ir del César detras,
Siempre valdrá mucho más
Que el que mata, aquel que enseña.
Pues libre de torpe lazo
Lanzan los sabios su aliento,

Es la obra del pensamiento
Más grande que la del brazo.

Y así cuando está la tierra
Cubierta de flor y fruto,
Vale más que si hambre y luto
Siembra insaciable la guerra,

Así más grande es el hombre
Mostrando en la paz la ciencia,
Que en lucha con la existencia
Presa de un furor sin nombre.

Cuanto del profundo alvoco
Del pensamiento refluye,
Lo deshace y lo destruye
La ambición de un hombre solo:

Y cuanto con duro agravio
El déspota pulveriza,
Otro tanto cicatriza
La virtud del hombre sabio.

Cuanta luz halla esparcida,
El uno en sombras convierte;
Y hasta de la misma muerte
El otro saca la vida.

Es mejor vivir honrado
En el desden y el misterio,
Que gozar de un alto imperio,
Y ser vicioso y malvado.

Y sufrir males acerbos
Sin que se entienda el quebranto,
Que derramar sangre y llanto,
Y al fin gobernar á siervos.

Que vale más sufrir juntos
Tormentos que nadie entiende,
Que un trono donde se asciende
Por escala de difuntos.

Y muestra la cara ufana
Más las señales que deja
Virtud que concluye en vieja,
Que majestad en tirana;

Porque más valor abona
Arruga que hizo en la frente
Huella del afán doliente,
Que el peso de una corona.

Un olvidado rincón
Es más envidiable tumba,
Que aquella sobre que zumba
Eterna una maldición.

Que hacer al pueblo le plugo
Altar del sepulcro santo,
Mientras huye con espanto
De la tumba del verdugo.

No hay que dudar: es primero
Que el que destruye, el que crea;
El *dómine* de la aldea,
Que el más ilustre guerrero.

Y ya mejor informados,
Los pueblos procuran diestros,
Ejércitos de maestros
No falanges de soldados.

Que para que el bien se ejerza,
Preciso es ver si lo labra
La fuerza de la palabra
No la razón de la fuerza.

Ya el hombre tiene esperanza,
Torciendo sus ambiciones,
De convertir los cañones
En máquinas de labranza.

De hacer de la tierra dura
Para el fraterno agasajo,
Gran taller para el trabajo,
Gran templo de la ventura.

Para alcanzar lo que anhela
De la historia en desagravio,
Le bastan al hombre sabio
Con el Maestro y la Escuela.

ROMUALDO A. ESPINO.

Cádiz: 1878.

Á DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ
ANTE SU PRECIOSA NOVELA LA ESTRELLA DE LA TARDE.

En vano se afana el hombre
En estudiar lo ignorado
Solo, sin luz y guiado
De una soñada ilusión.
Ante sí vé mil ideas
Sin base alguna en la ciencia
Que embotan su inteligencia
Y ciegan á su razón.

Así ayer mi pensamiento
Lanzándose en un abismo
Defendió el *espiritismo*
Y en él se afaná en creer,

Hasta que en mi loco intento
Al hacer de todo alarde
En tu *Estrella de la Tarde*
Las verdades pude ver.

RAFAEL A. RAMOS.

Gáldar. - Canaria, 1878.

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS.

EL GENERAL DON JOAQUIN JOVELLAR.

QUIÉN no conoce el nombre ilustre, popular y simpático que acabamos de escribir?

Quién no sabe que, terminada la gran misión que le llevó allende el mar, hoy vuelve entre nosotros el querido y respetado jefe de nuestro ejército, que tan notable lugar ocupará en la historia de esta época?

Apénas habrá un español que en estos momentos no piense en la llegada próxima á la península de uno de los dos pacificadores de Cuba, y creemos que los datos biográficos que de su vida militar hemos podido reunir, serán leídos con vivo interés por los que de él se ocupan con admiración y entusiasmo.

El Excmo. Sr. D. Joaquín de Jovellar nació en Palma (Islas Baleares) en 1819, siendo su padre comandante de infantería.

Apénas terminó sus estudios en 1836, fué nombrado subteniente, sirviendo en el 13 y 14 de línea, y formando parte de ellos asistió á diversos combates, probando en aquella edad, casi adolescente, su valor y condiciones de carácter, que le valieron más de una recompensa, y le dejaron, con las heridas que recibió, escrita esa primera página de abnegación y heroísmo que empieza la historia de un militar pundonoroso y valiente.

Restablecida la paz en 1840, pidió y obtuvo el pase al ejército de la Isla de Cuba, al que fué destinado en 1842, con el empleo de capitán.

Regresó á la Península en 1849 con una comisión, terminada la cual en 1851, entró en la Dirección general de infantería, y fué nombrado jefe del negociado de organización, no obstante su modesto empleo de capitán.

Ascendido á comandante en 1853, continuó desempeñando dicho cargo, hasta que, después del movimiento liberal de 1854 pasó al ministerio de la Guerra, por creer el gobierno necesarios sus conocimientos militares, contribuyendo como jefe de sección á las reformas introducidas en todos los ramos del servicio militar, y sobre todo en las relativas al ejército de Ultramar.

Declarada la guerra á Marruecos en 1859, fué nombrado por el general O'Donnell para servir bajo sus órdenes en la secretaría de campaña: Jovellar, como funcionario y como soldado, estuvo siempre en su puesto, tomando parte en las acciones más reñidas contra el enemigo.

Su promoción al empleo de coronel, y varias condecoraciones militares, dos de ellas recibidas sobre el campo de batalla, fueron la recompensa de sus buenos servicios.

Terminada la guerra, y restablecido apénas de una herida recibida en Vad-Ras, volvió al ministerio, desempeñando en 1864 las funciones de sub-secretario, después de haber ascendido á brigadier en 63.

Cuando estalló la revolución del 22 de Junio de 1866, se presentó Jovellar en los sitios de más peligro con las primeras tropas que pudo reunir, pero, en el momento de tomar por asalto un edificio ocupado por los revoltosos, fué herido gravemente, y hubieron de retirarlo del lugar de la acción, habiendo sido su arrojo justamente recompensado con el ascenso á mariscal de campo.

Muy pronto sobrevino un cambio político, y aunque el partido *unionista* á que pertenecía el general, había vencido á la revolución, contra todas las esperanzas, fué alejado del poder por la voluntad soberana, que llamó al ministerio al partido moderado.

Como consecuencia de este cambio, Jovellar quedó de cuartel.

Al estallar la revolución en Setiembre de 1868, en-

medio de la efervescencia de las pasiones populares, y de las convicciones políticas, Jovellar hizo ver la urgencia de adoptar una conducta clara y enérgica para no permitir que la revolución fuese más allá de lo que aconsejaba el patriotismo y el sentido liberal.

Encargado del mando, él hizo respetar la ley, y si bien cooperó al levantamiento nacional, sostuvo de tal modo el principio de autoridad, y con tal energía y tacto mostró al pueblo sus deberes, que el movimiento revolucionario fué entrando en la forma legal y regular sin efusión de sangre ni escenas de ensañamiento, tan propias de estas crisis dolorosas de las naciones.

Desde entónces el nombre de Jovellar ha figurado, no sólo entre nuestros primeros militares, sino también entre nuestros primeros políticos.

El año 69 desempeñó el importante cargo de Director general de administración militar, desplegando en las funciones de su cargo el cuidado más asiduo para el perfeccionamiento y mejora de tan importante institución, planteando una serie de reformas que tuvieron por base el estudio de las costumbres y leyes militares de varias naciones de Europa, observadas, según sus órdenes, por distinguidos oficiales del ejército, y consignadas en notables *Memorias*.

En recompensa de estos servicios fué ascendido en 1872 á teniente general.

En el mismo año, y ante los sucesos políticos que trajeron la República, Jovellar que, era senador por segunda vez, presentó su renuncia, y obtenido permiso marchó á Francia, donde permaneció el triste período que tan sangrienta huella dejó en nuestra historia, donde los extravíos federales y cantonales escribieron una amarga lección para todos los revolucionarios del mundo.

Encargado Castelar del gobierno, y comenzada la obra del restablecimiento del orden al par que de la disciplina en el ejército, volvió Jovellar á España, poniéndose á disposición del ministro de la Guerra, el cual, necesitando iniciar en Cuba una política conservadora y conciliadora, y conociendo las altas dotes de carácter, de valor é inteligencia del general Jovellar, le nombró capitán general y gobernador civil y militar de la Isla, habiendo sido aceptado por él este cargo, y salido inmediatamente para la Habana.

Era precisamente en la época de la captura del vapor *Virginus* (Noviembre 1873), y este suceso, de gran importancia para los cubanos, que celebraban el hecho como un feliz acontecimiento, entusiasmándose ante la buena presa arrancada á los americanos del Norte, simpatizadores, si no cómplices, de la causa separatista, puesto que el *Virginus* contenía pertrechos de guerra para los insurrectos; este suceso, decíamos, hacia muy difícil la situación del general Jovellar, pues, si el pueblo exaltado quería retener el barco, el gobierno, temiendo la complicación de una guerra con los Estados Unidos, entendía que debía ser devuelto.

¿Cómo cumplir esta orden gubernativa, sin provocar una escisión popular al herir, en sus sentimientos de orgullo patrio, á un pueblo ya excitado en demasía?

Además, y para colmo de dificultades, Jovellar no tenía allí otra fuerza armada que los voluntarios, parte integrante de esas masas cuya sublevación se temía, y no podía hacer venir las tropas que estaban en campaña, por el temor de abandonar el país á los insurrectos, uniéndose á estas complicaciones, ya muy graves por sí, el temor de que, si llamaba algunos batallones para proteger la salida del *Virginus*, éstos simpatizaran con los que á toda costa querían retenerlo, y el mal tomase más serias proporciones, haciéndose el movimiento general.

Era necesario adoptar una medida extraordinaria, y Jovellar, cuya sangre fría, cuyo valor sereno domina



Excmo. Sr. D. Joaquin Jovellar.

siempre las situaciones, por difíciles que sean; Jovellar que, como todo espíritu enérgico, como todo ser grande, no vacila cuando del deber se trata, adoptó la más sencilla, la que en un estado normal se hubiera ocurrido á cualquiera, pero que en aquel difícilísimo instante acaso él solo hubiera sido capaz de intentarla.

Con gran tacto, con hábil diplomacia, con sagaz política se hizo en un mes querer del pueblo, inspiró confianza, atrajo voluntades, y cuando esta obra estuvo hecha, cuando nadie pensaba en que obedeciendo las órdenes del gobierno contrariase el sentimiento popular, tuvo el valor, casi heroico, pues provocaba un riesgo inminente, de publicar una notabilísima proclama en la cual indicaba la necesidad de someterse á una solución patriótica, entregando el *Virginus* para evitar riesgos mayores, y ántes de que el pueblo volviese de su sorpresa, el buque abandonaba el puerto.

Salvada esta dificultad, consagróse á restablecer el orden en todos los ramos de administración; á poner en práctica un plan para la pacificación del país, y para el aumento y reorganización de las fuerzas militares; publicó una serie de decretos que aumentaron la estimación y simpatías que ya se le profesaban, y su reputación de hombre de Estado fué consolidándose al demostrar sus altas dotes de gobierno.

La dificultad de enviarle refuerzos, y más aún, la fatalidad con que se interponen en nuestro país á los más altos intereses influencias personales, hizo que fuese llamado á España, y enviado en su lugar el general Concha, cuando, acopiados los materiales de estima, consideración y adhesión, se preparaba á levantar el edificio de la paz en la hermosa Antilla!...

Buen testimonio de la sorpresa y disgusto de Cuba ante esta orden, fué la afectuosísima despedida que le hicieron, que parecía una protesta indirecta de ella.

Esta injusticia (llamémosla por su nombre), dió lugar, sin embargo, á uno de los hechos más notables de la vida militar y política de Jovellar, de que nos ocuparemos en breve, como si los grandes sucesos fuesen provocados siempre por lo que más ajenos han de ser á ellos.

A su llegada á la Península no aceptó ninguno de los destinos con que en reparación ó halago se le brindaba, y sólo dejó su retiro para ir á mandar el ejército

to del Centro, es decir, para cumplir con su deber.

Después de una brillante campaña, no empañada por crueldades inútiles, ni alardes de fuerza, sino coronada por el triunfo de sus tropas en sus encuentros con el enemigo, y por la pacificación de los pueblos por donde pasaba, disponiase á ocupar el valle de Guadalquivir, después de haber recorrido las costas del Mediterráneo, cuando recibió en Castellón el aviso de haber sido proclamado Rey el Príncipe D. Alfonso, por Martínez Campos, á la cabeza de una brigada, y al mismo tiempo que esta importante noticia, la invitación del mencionado general para que se pusiera al frente del movimiento.

Rodeado de gente cuando recibió y leyó estos despachos, tuvo la sangre fría, la enérgica voluntad de guardarlos como indiferentes, sin demostrar la agitación, la ansiedad mortal que debió apoderarse de su espíritu ante la lucha iniciada, en la cual se jugaban los destinos de la patria.

¿Qué pensamientos, qué imágenes, qué esperanzas y qué deberes hablaron al par á su inteligencia, á su patriotismo, á su corazón y á su conciencia?

Jovellar no lo ha dicho, pero en su enérgica y repentina resolución, se adivina que debieron ser los más altos y grandes agentes del honor *privado*, del sentimiento del bien, los que le impulsaron á levantar en su mano honrada y leal la bandera que se le ofrecía, pidiéndole su apoyo; y decimos honor *privado*, porque el honor militar prescribía el cumplimiento de una regla que, si fué olvidada en un caso excepcional y solemne, demostraba ese olvido el valor de aquella convicción, puesto que el general arriesgaba su vida en su resolución.

Jovellar siguió un impulso de su conciencia, sin medir las dificultades, poniendo su abnegación al servicio de su patria, sin condiciones, como si obedeciese á una fuerza superior, que bien puede serlo la voluntad cuando se inspira en el bien.

Aceptado el riesgo, puesto á la cabeza del movimiento á favor del joven Príncipe llamado á ocupar el trono de sus mayores, se dirigió al gobierno con un despacho que puede ser considerado como el restablecimiento de la monarquía en la personalidad de Don Alfonso XII.

Hé aquí las últimas líneas de este despacho, que prueban lo que decimos:

«El momento en que he tomado esta decisión ha sido el más grave de mi vida, pero creo cumplir así mis deberes, y espero tranquilo el juicio de la historia.»

Después Jovellar marchó á Valencia, y á la cabeza de sus tropas proclamó rey constitucional de España á D. Alfonso XII.

Fuó nombrado ministro de la Guerra del primer ministerio de la Restauración.

Visitó con el Rey el ejército del Norte, dictando medidas de gran oportunidad é interés para la pacificación de España.

Antes de volver á Madrid para encargarse de nuevo de la cartera de la Guerra, llamó á Cataluña al general Martínez Campos, y unidos estos dos insignes generales, que han continuado estándolo moral y materialmente, para bien de España, en muchos casos, mejoraron en gran manera las condiciones del país asolado por la guerra.

Llamado á Madrid Jovellar, se encargó de la Presidencia del Consejo, conservando la cartera de la Guerra.

La marcha de la política le hizo ceder la Presidencia á Cánovas del Castillo, conservando el puesto de ministro de la Guerra, y jefe de E. M. del ejército de operaciones que el Rey mandaba.

Indicado después para el mando de Cuba por la opinión pública, y reclamando la situación de la isla su

prestigio y su inteligencia, aceptó de nuevo el mando, y se inauguró en la Antilla un sistema de modificaciones y reformas que eran como una garantía de su próxima salvación.

Los muchos y notables acontecimientos que llenan su vida política, apenas nos ha permitido hablar de su vida privada, pero es fuerza conocer que el reflejo de las virtudes públicas revela desde luego la luz que brota de las virtudes particulares.

No se levanta una reputación firme y segura sin la sólida base de una dignidad intachable, de un carácter pundonoroso, de un noble corazón, de un valor a toda prueba y de un desinterés casi inverosímil.

Estas cualidades concurren en el general Jovellar, y todo el mundo sabe que cuando su influencia podía conseguir cuanto la ambición soñase; cuando el prestigio que ha ganado, no por sorpresa como suele suceder en la vida pública de los hombres políticos, sino palmo á palmo, es decir, con sucesos y hechos que todos juzgan y admiran, cuando ese prestigio, decíamos, le facilita toda recompensa, es más, se la ofrece, él la rehúsa, como si no quisiera otro premio á sus acciones que la estimación propia.

Una prueba de su generosidad, de su abnegación y de su patriotismo, la tenemos en aceptar á medias con el dignísimo general Martínez Campos el mando de la Isla de Cuba, y cooperar en ese dualismo de poderes, sin ejemplo en la historia, al resultado brillante de la pacificación del país, en que á los dos insignes caudillos se les alcanza igual gloria.

Jovellar ha facilitado recursos, preparado medios y planteado una política hábil desde la Habana; Martínez Campos ha perseguido á los enemigos de España hasta exterminarlos, atrayendo al mismo tiempo con su generosidad á los que la hostilizaban sin razón y casi inconscientemente.

Sin la unión de estos dos grandes hombres que parece que tienen el destino de asociarse para vencer, nadie sabe cuál habría sido el destino de Cuba!...

Recientes aún, palpitantes, no en la memoria, sino ante nuestra vista, los sucesos de esa hermosa página de la pacificación de la Isla; sería inútil repetirlos, porque ante el interés del hecho no brota el capítulo histórico, sino el entusiasmo del triunfo: terminaremos, pues, esta biografía diciendo lo que está en la mente de todos:

El general Jovellar, pacificada Cuba, vuelve á España; recibámosle como debe recibir una gran nación á uno de sus hombres más insignes, y dando un viva al general Martínez Campos, que allí queda terminando la obra, saludemos al que viene con el acento de la gratitud y el afecto exclamando: ¡Viva el general Jovellar!...

PATROCINIO DE BIEDMA.

SOBRE DEDICATORIAS Y PRÓLOGOS.

Á UN HOMBRE DE LETRAS.

Con gran contentamiento recibí la carta con que me habeis honrado, que, á más de comunicarme muy halagüeñas noticias acerca de vuestra apreciable persona, contiene muchas y buenas advertencias que os prometo no serán olvidadas.

No me es desconocido vuestro profundo saber, que ocasiones he tenido de apreciarlo en cuanto á mi inteligencia se le alcanza, y no digo que de sobra porque nunca á este caso puede llegar lo bueno.

Al dirigiros la presente no me guía, como vos comprendéis, el hacer alarde de conocimientos en que vos tanto abundais, que locura sería, y no de las menores, el querer la luz artificial competir en intensidad aún con el menor rayo de sol.

Digoos esto para que no me juzgueis con severidad y otorguéisme vuestra benevolencia si, como presumo y es de esperar, dadas mis condiciones, incurro en vuestro desagrado.

Perdon y ámplio me es necesario por intentar siquiera molestaros con tan pequeña cuestión: mas supla la buena voluntad á la erudición y sabiduría precisas y que faltan.

Con acurado estilo y revelando al través de los renglones mal encubierta ironía, llamais *mendigos* á los

autores que estampan al comienzo de sus obras, dedicatorias y prólogos debidos á ajena pluma, y farsantes á los que escriben estos últimos, obra que calificais de innecesaria y superflua, cometiendo notoria injusticia en ello.

No trataré de demostraros el origen, antigüedad y demás particulares de las dedicatorias; pero si diré que, en mi opinión, son anteriores, y con mucho, á los prólogos.

Las dedicatorias dirígense especialmente á parientes, amigos ó personas á quienes el autor es deudor de favores y atenciones, y es su objeto dar en ellas recuerdo afectuoso, prenda de amistad ó pública carta de reconocimiento y atención.

Del último de estos tres casos, ó sea, de que se dediquen obras á personas de elevada posición, sacais vos, y, á fé mia, por el cabello, la consecuencia de que el autor *mendiga* protección, ó, usando vuestra propia frase, «reclama en breves renglones la recompensa á que de antemano se juzga merecedor.»

No hay tal, amigo mío.

Sabido es que nunca en España ha sido medrado oficio el de las letras; pero, sin embargo, ha habido y hay todavía magnates que dispensan á muchos que á tales tareas se entregan alguna protección, merced á la cual pueden, si sus dotes les ayudan, alcanzar un puesto, si no productivo, que necedad fuera esperar, al menos honroso.

Así, pues, fácilmente se comprende que atento el agraciado á los favores recibidos, procure corresponder á ellos en cuanto le es posible, y de aquí las dedicatorias á personas pudientes y de nombradía.

Sin duda que esto no siempre es como yo digo y alguna vez sucede lo que vos decís; pero permitidme os advierta que las excepciones no constituyen la regla, antes bien son una confirmación.

Hubo su parte de baja adulación y grosero servilismo en esto como en todo, allá en algunas épocas, no hoy, que tal vez la prenda más amada del escritor es su noble independencia.

El afán de lucro supera muchas veces á todos los demás sentimientos, y en sus aras sacrifica el hombre cuanto de noble existe en su alma.

Algunas veces en los tiempos á que aludo, se han dedicado obras á personajes que por su escasa ilustración estaban muy lejos de poder apreciar el mérito de la ofrenda, y los que, sin embargo, donaban á los autores pingües obsequios, pero eso no prueba en modo alguno vuestras rotundas afirmaciones.

Que algunos autores de mérito hayan dedicado sus obras á personas pudientes, pero ignorantes, guiados tan solo por el afán de recompensas, revela únicamente que el talento no está exento de la prostitución y la venalidad.

No puede concederse entera justicia á Furetière cuando dice que las dedicatorias fueron inventadas por los mendigos, sino que ántes al contrario, son hijas de la amistad y del agradecimiento. Si muchas veces los autores recibían de aquellos á quienes dedicaban sus obras grandes mercedes, era porque también los así obsequiados querían corresponder á la finura de los autores. Pero no porque Lulliet dedicase al Cardenal Mazarino su *Catipedia*, y el Reverendo Padre Capousachi su *Comentario del Apocalipsis* al emperador turco Selim II, y otros varios autores á reyes, príncipes y magnates, hemos de aseverar que solo el aliciente de recompensas materiales guía siempre al escritor en su tarea.

Y numerosos ejemplos en contrario de esto hallamos en la historia de nuestra literatura.

Cervantes y Quevedo, en cuyas almas no es creíble que anidase por un momento la bajeza, dedicaron sus escritos á próceres que los protegían y á los que eran dueños de beneficios y atenciones.

¿Qué otra prenda de agradecimiento podían ofrecer aquellos hombres ilustres que igualase en valor á las flores de su ingenio?

Y á nadie, mi sabio amigo, se le ha ocurrido apellidar *mendigos* á los inmortales autores del *Quijote* y las *Zahurdas de Pluton*.

Y no como memoriales de petición estimaban Lemos y Osuna las rendidas dedicatorias de aquellos hombres insignes, que eran, no sus favorecidos, sino más bien sus amigos.

Eran los que dedicaban, agradecidos más no servi-

les; y los que admitían las dedicatorias considerábanlas como fina atención, más no como correspondencia á favores generosamente otorgados.

Todos sabemos que el insigne Quevedo rehusó siempre consagrar su pluma al Conde-duque, y á haberlo hecho, de seguro que éste no le perseguiría con tanto encarnizamiento.

Con aplicación á los tiempos actuales decís que las dedicatorias son, en algunos casos, escudo que protege la obra de los ataques de la crítica. Así se expresa el Padre Artesignan al ofrecer una obra suya á no recuerdo qué eminencia, pero comete en esto una notoria inexactitud infiriendo grave ofensa á la crítica formal y seria, pues no se ha dado el caso de que un crítico dejase de juzgar debidamente una obra por respetos á la persona á quien estuviese dedicada.

Que con las dedicatorias se han cometido y cometen exageraciones, es perfectamente exacto, pues de vez en cuando vemos pruebas de ello.

Há poco tiempo comenzó á publicar una *Historia universal*, obra de un docto catedrático, y al frente de su primer tomo léese una dedicatoria á *Nuestro Señor Jesucristo*.

Una novela de una distinguida escritora, aparece, á pesar de su espinoso argumento, dedicada á *María Santísima de los Dolores*.

Y no sé en donde he leído que existe en la Biblioteca nacional un *Arte de hacer velones*, libro que su autor dedica á *las Ánimas benditas*.

Dado el principio que establecéis y teniendo en cuenta esas exageraciones, deberíamos suprimir las dedicatorias, como si porque un hombre se muera de un exceso de comida debiésemos todos los demás dejar de comer.

Concedoos, pues, que quizá en otros tiempos mediocres capacidades inhábiles para ganar fama por su ingenio apelarian á las dedicatorias como medio de encumbramiento, pero en modo alguno puede desprenderse de esto que las dedicatorias sean memoriales de súplicas, ni que rebaje á los autores hacer ofrecimientos de los frutos de su inteligencia.

Si de un caso particular queréis deducir una regla general, con grave detrimento de la verdad y de la lógica, no apliquéis ese procedimiento á todas las circunstancias de la vida, so pena de vivir de perpetuo engaño.

Por lo que respecta á la segunda parte de vuestra estimable carta, ó sea la referente á *Prólogos*, disiento bastante de la opinión que en ella exponéis, por respetable que sea, y voy á ofrecer os la réplica.

Figuráneos los prólogos «pintarrajeados carteles en que se anuncia con pomposas frases la bondad y mérito, condiciones y cualidades del autor, demandando para él, de los lectores, tolerancia y consideración.»

Aun en esta parte os mostrais, amigo, más intransigente que en la anterior, como os iré demostrando.

Los usos ó fines que atribuíis á los prólogos son, en extracto, los siguientes:

Cuando la obra no tiene cualidades que por sí le hagan recomendable, un nombre conocido sirve para darle honor y popularidad.

Exposición de méritos del autor, y preparación del público á emitir juicio favorable ó benigno, poniéndole por delante las condiciones de intelectualidad y aun de moral privada del escritor, cuando aquellas ya han de ser apreciadas por el que lea y éstas en nada interesan al objeto.

Y, últimamente, mendigar un aplauso de que tal vez la obra no es merecedora.

Duras son vuestras conclusiones, y si tuviesen de verdaderas lo que de apasionadas, mal parados quedarían prologuistas, autores y público lector.

Veamos por qué

Los prólogos que escriben autores conocidos, para obras de otros que no lo son, no tienen el objeto que tan graciosamente les atribuíis. Siempre, y en eso decís muy bien, un nombre distinguido tiene alguna influencia, y, en este caso, se utiliza para hacer fijar la atención pública en la obra y procurar á su autor algún éxito que le aliente á proseguir en la comenzada carrera, cultivando sus felices cualidades.

Ahora bien: si la obra carece de condiciones que la hagan aceptable, teneis que concederme que, á despecho de prólogos y patronatos, no tendrá más que una fría acogida, á menos que querais privar al público de

las dotes de inteligencia y buen juicio, colocando al mismo tiempo en muy indigno puesto á los que tales prólogos escriben, creyéndolos capaces de rebajar su reputacion apadrinando lo que puede hacerla desmerecer.

Esto paréceme que ni siquiera lo habeis imaginado.

Dado el movimiento de publicidad de la época, hay multitud de obras producto del ingenio de autores noveles, obras que si no fueran escudadas por un nombre respetable, pasarían desapercibidas entre todas las demás.

Cuando no es ya la primera obra de un autor y se hace en el prólogo mencion de lo que anteriormente ha publicado—caso que denominais *Exposicion de méritos*—sirve aquel para recomendar la nueva obra á mayor exámen. Cuando se emplea para atenuar con tales recuerdos el rigor de la critica, estoy conforme con vuestra opinion, pues el autor que una vez ha demostrado aptitud, adquiere el compromiso para lo sucesivo de cultivarla y enmendarse de las faltas que anteriormente se le hayan señalado.

El tercer cargo que haceis, rebatido lo dejo al ocuparme de las dedicatorias, por lo que me dispensareis de repetir lo antedicho: quedamos, pues, en que los prólogos no tienen ni deben tener otro carácter que ser aclaratorios del texto que se continúa, pudiendo ser—como son muchas veces—críticos ó biográficos.

Y ahora que recuerdo, quedábame en el tintero la contestacion á una de vuestras más peregrinas afirmaciones.

Decís que las condiciones privadas de un escritor no han de mencionarse al público, *pues nada le interesa*, y debo haceros notar vuestro grave error, más grave aún en un hombre detan profundos conocimientos y tan buen sentido.

La moral y probidad del que escribe, por más que lo contrario se diga y aún de ello se vean muestras, no pueden menos de interesarlos, pues sus sentimientos y modo de pensar han de reflejarse en sus escritos, y por tanto sus condiciones privadas son para el público una garantía de moralidad.

Sin perjuicio de volver á tocar en otra oportunidad esta cuestion, me despido de vos recomendándome á vuestra indulgencia, y esperando que, despues de la lectura de estas consideraciones tan ligera y desaliadamente expuestas, modificareis vuestras opiniones en la materia, modificacion á la que se honrará mucho de haber contribuido con sus indicaciones humildísimas vuestro aún más humilde servidor y amigo que con el mayor respeto os saluda.

AURELIANO J. PEREIRA.

Lugo: 1878.

EL SIETEMESINO.

APUNTES PARA UN RETRATO.

Es imposible definir completamente á este interesante tipo de la especie humana.

Tal vez parezca aventurado clasificarle en ella, pero lo hacemos teniendo en cuenta sus caracteres físicos, que si á los morales hubieramos de atender, seguramente no nos permitiríamos semejante atrevimiento.

Claro está, que al hablar del *Sietemesino* no queremos aludir á los niños que con una precipitacion verdaderamente lamentable, y de la que tienen que arrepentirse más tarde, vienen al mundo en siete meses en vez de los nueve que la generalidad de los mortales emplea.

El *Sietemesino* á que nos referimos es el heredero si no el descendiente del Currutaco, del Pisaverde y del lechuguino, que conocieron nuestros padres y abuelos.

El *Sietemesino* va á desaparecer, y nuestros hijos lo encontrarán transformado en el *Gomoso*, interesante institucion que viene á reemplazar en el mundo social al dicho grupo de los que nada hacen y para nada sirven y en todas partes se encuentran.

Si hubiéramos de hacer consideraciones históricas, forzoso seria convenir en que semejantes seres aparecen en las sociedades como los gusanos en las sustancias, cuando entran en putrefaccion.

En los grandes momentos históricos, en los momentos de apogeo de los pueblos y de las civilizaciones, en

las épocas gloriosas, esas inteligencias paralíticas, esos hombres sin más detalles que las formas, no existen ó si existen no aparecen en primera linea como hoy por desgracia acontece.

Los que degradan los blasones de un apellido glorioso, ennoblecido con altos hechos, y visten la faja y la chaqueta corta del torero, para descalabrarse ridículamente en la plaza de toros ante un novillo de catorce meses, y en un espectáculo absurdo, que carece, aún del bárbaro atractivo de la fiera por parte del toro y de la destreza y el peligro por la del lidiador, son el tipo más acabado del *Sietemesino* y nos inspira más compasion aún que el que perteneciendo á una esfera humilde trata de disfrazar sus antecedentes usando el traje de las clases elevadas; ambos hacen mal, pero el segundo puede alegar en disculpa suya el natural deseo de perfeccionarse aún cuando sea mal entendido.

El *Sietemesino* no tiene edad, podemos asegurarlo. Unas veces es un viejo pintado y decidor á su manera que refiere cuentos trasnochados de puro antiguos, asegura que era teniente en la guerra civil de los siete años y al mismo tiempo sostiene que no tiene más que cuarenta y seis, baila rigodon por alto y dirige miradas tiernas á todas las mujeres, cuya no atencion atribuye al miedo que ocasionan sus encantos. Otras es un adolescente que se hace pasar diariamente la navaja de afeitar por la cara y sostiene que es molesto afeitarse, pero que se resigna á hacerlo porque en verano dá la barba mucho calor.

El *Sietemesino* ama rara vez pero no se casa nunca porque la *Sietemesina* no existe, sin embargo, apesar de que no está sujeto á las contrariedades del matrimonio, el *Sietemesino* no es feliz porque experimenta á veces por un baston ó por una eorbata la misma pasion que el hombre por una mujer rubia ó morena.

No cree en Dios porque le parece esto muy elegante, porque cree que viste mucho, pero como al mismo tiempo carece de dotes intelectuales no se atreve á lanzarse por el tenebroso campo de las ideas sin el auxilio de una modesta lamparilla intelectual, así que vive en el verdadero ateismo, en completa oscuridad.

No es cobarde pero su valor tiene algo que se asemeja al valor de la cabra, á veces contemplando impávida el abismo y sosteniéndose apénas en una arruga de una roca veis á la cabra perfectamente tranquila; poned allí á un leon y temblará de fijo: del mismo modo el *Sietemesino* asoma impávido á los abismos sociales y filosóficos, y como la cabra en la roca ni se estremece ni vacila allí donde grandes inteligencias han sentido el desvanecimiento de la duda, ó valerosos corazones el frio del miedo, pero yo pregunto: ¿este valor del *Sietemesino* demuestra otra cosa que la ignorancia del peligro? Seguramente que no.

Semejante á las begonias planta delicada de colores vivos y que no da flor ni fruto, el *Sietemesino* necesita para llegar á tal, una de esas educaciones desgraciadamente tan frecuentes en nuestro país en que el hombre llega á la adolescencia preservado de toda clase de contactos por una posicion confortable y una de esas vanidades de familia que impiden al niño someterse á ningun género de trabajo, que apartan de su camino todo género de contrariedades.

La lucha produce en el hombre el resultado benéfico de la ilustracion, el trabajo el de la robustez, un hombre sin contrariedades es casi siempre un *Sietemesino*.

El *Sietemesino* es hijo generalmente de padres tontos, y hé ahí por qué la providencia no ha creado la *Sietemesina*, porque si este ser se reprodujera, aterra el pensar que serian los hijos de un matrimonio de *Sietemesinos*.

En artes el *Sietemesino* está por el arte del toreo, y no vacilaria entre Miguel Angel y Frascuelo, estaria siempre del lado del segundo. Entre la construccion de la torre inclinada de la catedral de Pisa y el corte de una levita, tampoco vacila nunca, estaria de parte del sastre y no del arquitecto. Es preciso sin embargo consignar que hemos observado que en pintura y en escultura si algo le gusta al *Sietemesino*, son los cuadros y las estatuas pequeñitos, valgan poco ó mucho; tan es así que la lamentable influencia que este ser, verdadera *fillozera social* ejerce, se ha reflejado algun tanto en la pintura y escultura moderna, empujando las dimensiones de los cuadros y de las

estatuas, y aún la importancia de los asuntos, para colocar estas artes nobilísimas al nivel del gusto de esas inteligencias, dentro de las cuales lo grande no cabe.

Para concluir estos ya demasiado largos apuntes diremos que el *Sietemesino* existió algunos siglos ántes de Jesucristo puesto que solo así se explica que el insigne filósofo Platon definiese al hombre diciendo que era el animal de dos piés sin pluma. En cambio podemos asegurar que en Suecia, al ménos en tiempo del célebre naturalista Carlos Linneo no existió el *Sietemesino* puesto que el padre de las ciencias naturales se atreve á aplicar al hombre el calificativo de sabio.

No he tratado de retratar una personalidad determinada, retrato un tipo y concluiré como el fabulista diciendo:

A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan.

.....

ADOLFO MALATS.

Cádiz, 13 Junio, 1878.

VIRGINIA.

(Continuacion.)

—¡Desgraciada! murmuró Sor Teresa; ¿y no ha vuelto usted á ver á su padre?

—Sí, señora; esa es la causa de mi enfermedad: hace algunas noches que encontrándome sin recursos y sin un pedazo de pan para mis hijos, me determiné á buscarle sin que lo supiera mi marido, y á implorar su perdon; pero también en esto fui desgraciada, porque no le encontré; dijeron que estaba viajando por el extranjero; volví con el corazón desgarrado, resuelta á llevar á cabo un pensamiento que bullia en mi mente desde que vi á mi marido caer en el lecho, postrado por la enfermedad que hoy padece.

Mi educacion, que habia sido descuidada en cuanto á las labores y á las cosas útiles y necesarias en una casa, fué muy esmerada con respecto á las clases de adorno. Aprendí perfectamente la música y el canto, y este fué mi recurso.

Me hallaba desolada, enfermo mi marido, hambrientos mis hijos, y hacia tiempo que germinaba una idea en mi mente. No pude resistir á la tentacion; un dia al anochecer cogí la guitarra debajo del brazo, oculté mi rostro con un espeso velo y fui á situarme en una esquina cerca del Prado.

Un estremecimiento nervioso agitaba todo mi ser; pero mis hijos no tenían pan, y esta idea me daba fuerzas para llevar á cabo el sacrificio.

Con esfuerzo supremo empecé á cantar; varias personas me rodearon, y sea porque mi aspecto les daba lástima, ó porque verdaderamente les agradase mi voz, ello es que ví recompensado mi buen pensamiento, porque en poco tiempo recogí varias monedas, con las cuales pude atender algunos dias á las apremiantes necesidades de mi familia. Cuando se me concluyeron volví á salir, y así estuve hasta la última noche, que entre las personas que me rodeaban vi á mi padre y á Jaime, que arrojaron sobre mi falda algunas monedas de plata.

Ellos no debieron conocerme, porque un espeso velo ocultaba mis facciones; pero yo los ví y no pude ménos de estremecerme; sentí acongojado mi corazón y me levanté marchándome á mi casa temerosa de que mi padre reconociese á su culpable hija, en aquella miserable mendiga que imploraba la caridad pública.

Cuando me encerré en mi modesta boardilla, di libre curso á mi dolor y dejé desahogarse en llanto mi oprimido corazón; mi marido se apercibió de ello, y riñéndome libremente, se entregó á uno de los accesos de cólera que sufre con frecuencia y que le ponen incapaz, con un humor insoportable, que no se calma en muchos dias, y cuyo resultado suele ser un nuevo ataque de la enfermedad que padece. Esta vez me hallaba demasiado impresionada para soportarle con paciencia, y le amenacé con marcharme á buscar á mi padre. Irritóse al oír estas palabras y agarró una silla que arrojó por encima de mi cabeza: afortunadamente no me dió; pero caí desmayada exhalando un agudo grito, al que acudieron los vecinos, librándome quizá de una violencia por parte de mi marido, cuyo carácter se hace cada vez más insoportable y más agrio.

Esta es la historia de mi vida; nada más tengo que contar á Vd.

Virginia al decir esto inclinó con abatimiento la cabeza

y cruzó las manos sobre el pecho; los espesos rizos de su destrenzada cabellera medio ocultaron su rostro, y de sus pálidos labios se escaparon ahogados suspiros.

Sor Teresa la cogió una mano, y la dijo con ternura:

—Tranquilícese Vd., hija mía, y crea que la misericordia de Dios es muy grande.

—Ya lo sé: pero mi falta es inmensa; por seguir á un hombre que me hace desgraciada, perdí el cariño de mi familia, y sin embargo de todo, le amo, es el padre de mis hijos y no podría separarme de él.

—Verdaderamente que el amor es ciego; si tuviera vista, hubiera Vd. conocido que no la convenia unirse á un hombre sin posicion y con un carácter tan poco á propósito para grangearse amigos.

—¡Es verdad! mas ya no tiene remedio.

—Lo que Vd. debe hacer, es procurar reconciliarse con su padre.

—Es mi mayor deseo, y lo procuraré con todas mis fuerzas en cuanto salga de aquí.

—Prometo ayudar á Vd. y quizá no me sea difícil conseguir su reconciliación.

—¡Si pudiera Vd. hablar á mi marido!...

—Lo haré procurando borrar de su alma ese resentimiento que debió tener, y que es hijo del orgullo, del falso orgullo que sienten generalmente todos los hombres ignorantes.

—¿Se va Vd.? dijo Virginia viendo levantarse á Sor Teresa.

—Sí, hija mía, tengo que ver á otros enfermos, y á Vd. la conviene descansar, duerma tranquila, que una hermana se quedará á la cabecera de su cama.

—¡Ah! ¡mil gracias!... no sabe Vd. cuánto le agradezco el interés que se ha tomado por mí.

Instantes despues, Virginia, más tranquila y halagada por una consoladora esperanza, pudo entregarse algunas horas á un apacible y dulce sueño.

CAPÍTULO CUARTO.

Contrariedad.

Era muy temprano al siguiente día de haber encontrado á su amada, cuando ya Jaime Illescas estaba en la calle de Atocha y se dirigía aceleradamente al hospital.

Es verdad que el amor presta alas, y Jaime las tenia en aquel momento, porque hacia ocho años que estaba enamorado con locura de aquella mujer, que habia sido la única ilusión de su vida.

También ella le esperaba; ni uno ni otro habia podido dormir en toda la noche. Tanto preocupa la felicidad como la desgracia, y habiendo sufrido largo tiempo el peso de un dolor sin medida, no es posible hacerse superior á una alegría impensada que de repente llega á poner término á una época de amargura y de tormentos.

Así les sucedia á los dos jóvenes; se vieron un instante por primera vez despues de ocho años, y anhelaban contarse todos sus dolores durante tan largo tiempo, y este deseo era un ansia insufrible que no les dejaba sosegar.

Cuando Jaime llegó al hospital preguntando por Sor Teresa, le hicieron pasar á una sala donde ya otro caballero la esperaba hacia rato.

Era éste joven todavía, si bien se aproximaba á la edad madura: tenia una figura interesante, buen mozo, con cabello y barba negra, ojos grandes y hermosos, chispeantes de ingenio y de gracia. Por sus maneras distinguidas y por la elegancia de su traje, dejaba conocer su posicion, que debia ser muy elevada, por lo ménos en cuanto á las riquezas, pues la cadena del reloj, adornada con preciosas piedras, valia un caudal, y el anillo que llevaba en la mano izquierda era un brillante de incalculable precio.

Jaime le miró de arriba abajo, y sin saber por qué se puso pálido.

Al entrar le habian dicho:

—Pase Vd. aquí, donde hay otro caballero esperando á Sor Teresa.

Y pasó mirándole con recelo, porque aquel hombre era buen mozo, rico al parecer, y quién sabe el objeto que le llevaria cerca de ella.

—¡Ah! ¡se amarán!... murmuró Jaime estremeciéndose; despues de ocho años que no la veo, cuando me abandonó herida por mi desden aparente y juzgándome ingrato, ¿será posible que me haya conservado su cariño? ¿Ni qué derecho tengo á exigirlo?... ¡Ay! ¡pobre de mí!... ¡cuán desgraciado soy!... Y sin embargo, yo no la he olvidado un sólo momento; la he buscado con afán por toda España para hacerla mi esposa, para convencerla de mi amor y de mi lealtad...

Absorto en estas reflexiones, Jaime se habia quedado muy meditabundo, pero sin apartar la vista de su compañero, que se paseaba con impaciencia á lo largo de la sala. De repente se detuvo y miró al reloj.

—¿Cuánto tarda!... murmuró: ¿Vd. también espera á Sor Teresa, no es verdad?... exclamó dirigiéndose á Jaime.

—Sí, señor; contestó el joven lacónicamente.

—¿Acaso es Vd. pariente suyo?

—No, señor somos amigos desde la infancia; nacimos en un mismo país.

—¡Ah! ¿Entonces la tratará Vd. con mucha intimidad?... exclamó alarmado el desconocido.

—Hacia ocho años que no la habia visto, ni sabia su paradero, hasta que anoche la encontré aquí por casualidad.

—¡Ocho años!... ¡Vamos, ya es fecha!... ¿Y la hallará Vd. muy cambiada?

—Mucho; y sobre todo lo que más me ha sorprendido es el hábito que viste, dijo Jaime.

—¡Infeliz!... ha sido muy desgraciada y buscó en la religion y en la caridad un refugio á sus penas.

—¿Luego Vd. conoce su historia? exclamó Jaime con angustia.

—A medias; sólo pude conseguir que me revelara una parte de ella.

—¿Hace mucho tiempo que la conoce Vd?

—Dos años; y ese mismo tiempo hace que no la he visto, ó por mejor decir, que he estado ausente de ella, porque ni un sólo momento desde la primera vez que la vi se ha separado su imagen de mi corazón:

Jaime se estremeció visiblemente y preguntó con voz airada.

—¿Luego la ama Vd?

—¿Y cómo no amarla, si es un ángel sobre la tierra? Le debo la vida y la fortuna, y vengo á depositarla á sus piés. No extrañe Vd. esta confidencia que le hago; pero estoy tan orgulloso con mi dicha, que se lo contaría á todo el mundo, con más motivo á un paisano suyo y amigo de la infancia.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Madrid: 1878.

(Continuará.)

NOTICIAS.

Nada tenemos que añadir á lo dicho en otras ocasiones respecto á la compañía que dirige el Sr. Mario, puesto que tan conocidas son las actrices y actores que la componen del público gaditano, que tantas muestras de deferencia les dió en la última temporada; pero si podemos afirmar, que en la noche del 24 subió de punto la exhibición del mérito artístico de esta compañía, y los aplausos que los espectadores le prodigaron.

La Careta Verde salió primorosamente ejecutada, poniendo de relieve todos los chistes y todos los toques de efecto de esta obra, las Sras. Valverde y Morera, y los señores Mario, Zamacois y Ballesteros.

Las tres rosas, piececita divertida y llena de natural sencillez, como todas las obras del Sr. Frontaura, fué representada á maravilla por tres verdaderas rosas, las señoras Valverde, Fernandez y Morera, acompañándoles los señores Viñas y Zamacois.

La difícil y conocida obra dramática *La Oración de la tarde*, fué muy bien desempeñada en la noche del Sábado, en el *Teatro Principal*, por los individuos de la *Sociedad Dramática* que constantes en su propósito de sostener el espíritu del arte entre los aficionados de Cádiz, quisieron probar sus fuerzas en el drama citado.

Los señores Abarzuza y demás aficionados mostraron como siempre su inteligencia y estudio del arte escénico, y fueron por tanto muy aplaudidos, como también las apreciables actrices que les acompañaron.

No nos cansaremos de encarecer los esfuerzos de los señores Abarzuza, y de cuantos individuos toman parte activa en la *Sociedad dramática*, puesto que nada hay más conveniente al adelanto de los pueblos, que el que la juventud dedique sus horas de solaz al cultivo del arte en sus distintas manifestaciones.

Tocó la hora al alegre barrio de Extramuros de ser visitado por el vecindario todo de Cádiz, que desde la víspera, de San Juan, ya en carruajes, ya á pié, se ha ido trasladando sucesivamente á aquellas calles y paseos, ocupando sobre todo el hermoso sitio donde se ha instalado la Velada de San Juan.

En el paraje donde el pasado año lucia un triple arco de farolillos, ó sea á la salida del Arrecife, se levantaba un café, que si no daba al paso la vista que los referidos arcos, proporcionaba á los concurrentes la comodidad de poder tomar en el café, y otros varios artículos que allí se expendían.

En frente de la Iglesia se habian colocado algunas casetas convenientemente amuebladas, que permanecian siempre llenas de gente.

Entre estas y la Iglesia estaba el tablado, donde la música de los acogidos en el hospicio provincial dejaba oír alegres tocatas, y la concurrencia, numerosísima, cruzaba en todas direcciones el paseo embarazando en algunos sitios la marcha.

Los fuegos artificiales que comenzaron á las nueve, lucieron mucho por estar colocados en sitio desde donde podian ser vistos por la generalidad.

El pintoresco aspecto de ese barrio, la franqueza que por todas partes se respiga, el tocado de las jóvenes, que en su mayoría lucen sus caprichosos peinados, llevando descubiertas las cabezas adornadas de flores, y la alegría tradicional que las fiestas de San Juan inspiran, hacen de dicho barrio un lugar de placeres que se siente abandonar.

Tenemos entendido que la Sociedad de Concierto de Cádiz se propone dar dos extraordinarios en el Gran Teatro.

Mucho celebramos que así sea, y le auguramos un éxito completo.

En el bonito teatro de la *Cabaña Suiza*, ha tenido lugar una función dramática que atrajo numerosa concurrencia. Se puso en escena por los aventajados aficionados que forman la Sociedad, el drama en tres actos *El anillo del rey*, esmerándose todos en su ejecución, particularmente la señora Jurado y el Sr. Muñoz, quienes en union de los demás actores fueron llamados diferentes veces á la escena entre los aplausos de los concurrentes.

Una banda militar tocaba escogidas piezas en los intermedios.

Dichos aficionados tienen en ensayo para ponerlo en escena la semana próxima, el drama *La campana de la Almudaina*.

En los primeros días del próximo Julio empezará á actuar en el Gran Teatro una compañía de zarzuela, que por las noticias que tenemos de ella ha de ser del agrado del público gaditano.

Formará parte de la citada compañía la distinguida artista Sra. D.^a Dolores Franco de Salas, que tantos aplausos ha obtenido en los dos últimos teatros en que ha estado, de Madrid y Granada.

Tenemos á la vista un precioso libro impreso en Sevilla que contiene las *Nuevas poesías* del ilustrado joven D. J. P. Velarde.

Hemos leído algunas de ellas con grandísima complacencia, y bien podemos decir, que su autor ha sabido conquistarse con legítimos títulos un lugar distinguido entre nuestros buenos poetas contemporáneos.

Hay en sus poesías, fluidez, cadencia, espontaneidad, inspiración y sobre todo un pensamiento altamente moral que no se halla con frecuencia en los escritores vulgares, ó en los que no han tenido la fortuna de formar su inteligencia al calor de la fé y de los sentimientos levantados que ennoblecen y dignifican el corazón humano.

Felicitemos á nuestro amigo y colaborador por el primer libro que publica, el cual demuestra lo mucho que vale.

La Real Academia de Santa Cecilia ha dado una prueba de sus generosos sentimientos, preparando un concierto para favorecer á las víctimas de las catástrofes del Cantábrico.

Felicitemos á esta notable asociación por sus generosos sentimientos, y por el éxito brillante de esta fiesta musical.

Nuestra Directora, que profesaba un vivo y leal afecto á la angelical y virtuosa Reina Doña Mercedes de Orleans y Borbon, (Q. E. G. E.) tuvo el triste consuelo de recibir noticias frecuentes del estado de la regia enferma por telégramas del Jefe superior de Palacio: hé aquí el último que recibe con tan doloroso motivo.

Palacio 29-7 n.

Cádiz 29-8 n.

«El Jefe superior de Palacio á Doña Patrocinio de Biedma.

En nombre de S. M. el Rey y de sus Altezas la Princesa de Asturias y los Infantes, doy á V. las gracias por su pésame con motivo del infausto suceso que lamentamos.»

En el próximo número insertaremos la segunda interesante carta de nuestro ilustrado compañero Dr. del Toro, felicitándole, al darle las gracias por ella, por su llegada á esta capital.

Hé aquí los delicadísimos versos improvisados por nuestro ilustre amigo D. Manuel Fernandez y Gonzalez en la muerte de S. M. la Reina Mercedes:

Tan joven, tan hermosa, tan buena, tan querida
Y ya de los sepulcros entre el profundo horror!..
Secaste en ella ¡oh Padre! las fuentes de la vida
No seques en nosotros las fuentes del dolor.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL.

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor.
Sacramento, 39 y Dulas 8.